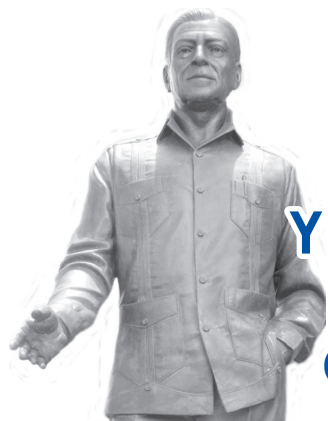




**Y nadie pudo
con él**

(14 de mayo de 1961)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2625

DOMINGO 17 DE ENERO DE 2021

Arte digital de Alexey Kondakov.



ESCRIBEN: David Huerta, Norma Navarrete, Leopoldo Barragán, Magda Escareño,
Herles Velasco, Azul Sevilla, Felipe Coria y Carlos *Caco* Ceballos.

Libros y otras cosas

La casa del silencio

David Huerta

En noviembre de 2021 conmemoraremos los 120 años del nacimiento del poeta José Gorostiza. Es posible que se haga poco para recordar este aniversario; es muy probable que no se haga nada, en medio del quebranto agónico de tantas instituciones culturales de nuestro país. Por eso quiero dedicarle estos renglones a quien considero el mayor poeta del siglo XX mexicano y uno de los mayores de cualquier lengua, de cualquier tiempo y lugar.

Desde luego, el de Gorostiza no es el primer nombre en el que comúnmente se piensa cuando se habla de esa noción nebulosa: “los grandes poetas mexicanos”. Digo “nebulosa” pero debería decir, mejor aún, “debatible”; hay quienes tienen sus gallos, sus campeones, en esa discusión que a veces degenera en absurdas peleas: Gorostiza no es gallo ni campeón de casi nadie. En mi opinión, así está bien.

En 1925 publicó un libro muy breve, casi se diría un cuadernillo, titulado *Canciones para cantar en las barcas*. Fue bien leído y discretamente elogiado; a mí me parece una obra maestra: el problema, si es que lo es, consiste en que no lo parece. Habrían de pasar tres lustros para que, en 1939, Gorostiza publicara *Muerte sin fin*, un poema abismal que es al mismo tiempo una cumbre: al mismo tiempo la Fosa de Tonga y los Himalayas. Ambos libros fueron publicados por la benemérita editorial Cultura. A partir de 1939, Gorostiza habitó, hierático, tímido, la casa del silencio que le dio tema a uno de sus bellí-

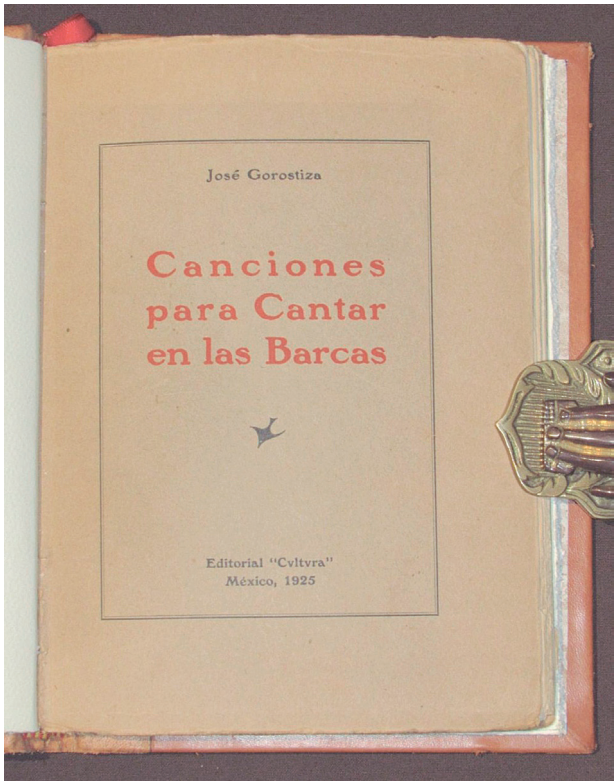
simos poemas del libro de 1925. El silencio de Gorostiza se parece al de los otros dos habitantes de esa casa: Juan Rulfo, Alí Chumacero.

Mucho se ha escrito sobre el inmenso poema de 1939; incomparablemente menos sobre la breve obra maestra de 1925, el mismo año

en el que Jorge Luis Borges publicó su segundo libro de poesía: *Luna de enfrente*. La Luna está presente en las *Canciones para cantar en las barcas*; en el poema que Gorostiza dedicó a la memoria de López Velarde llama a nuestro satélite “mi dorada madrina”: ¿por qué? Por una razón sencilla y que no todo mundo conoce: en un artículo en el que López Velarde “le daba la alternativa”, llamó al joven Gorostiza Alcalá “ahijado de la luna” y le pidió que no “previara”. La tercera acepción de ese verbo es el de su uso coloquial y equivale a desvariar, a decir locuras.

Gorostiza era de Tabasco, de Villahermosa. Nació en una casa cercana a la de la familia Pellicer Cámara, donde en 1897 nació su amigo Carlos. José Gorostiza y Carlos Pellicer forman una diarquía, el reinado bicápite de la poesía en Tabasco; su heredero fue, claro está, José Carlos Becerra, muerto trágicamente cerca de Brindisi a edad temprana.

Los 120 años de Gorostiza nos permiten visitar la casa del silencio metafísico que alienta en el cosmos de palabras de *Muerte sin fin*. Antes podemos asomarnos a sus poemas juveniles y a un texto en prosa, “descarnada lección de poesía”: las “Notas” que preceden a su obra reunida.



En 1925 publicó un libro muy breve, casi se diría un cuadernillo, titulado *Canciones para cantar en las barcas*. Fue bien leído y discretamente elogiado: a mí me parece una obra maestra:



Canciones para cantar en las barcas

José Gorostiza

- 1. ¿Quién me compra una naranja?
- 2. La orilla del mar

A Carlos Pellicer

¿QUIÉN me compra una naranja para mi consolación? Una naranja madura en forma de corazón.

La sal del mar en los labios iay de mí! La sal del mar en las venas y en los labios recogí.

Nadie me diera los suyos para besar. La blanda espiga de un beso yo no la puedo segar.

Nadie pidiera mi sangre para beber. Yo mismo no sé si corre o si deja de correr.

Como se pierden las barcas iay de mí! como se pierden las nubes y las barcas, me perdí.

Y pues nadie me lo pide, ya no tengo corazón. ¿Quién me compra una naranja para mi consolación?

NO ES agua ni arena la orilla del mar.

El agua sonora de espuma sencilla, el agua no puede formarse la orilla.

Y porque descanse en muelle lugar, no es agua ni arena la orilla del mar.

Las cosas discretas, amables, sencillas; las cosas se juntan como las orillas.

Lo mismo los labios, si quieren besar. No es agua ni arena la orilla del mar.

Yo sólo me miro por cosa de muerto; solo, desolado, como en un desierto.

A mí venga el lloro, pues debo penar. No es agua ni arena la orilla del mar.

La historia del arte en la vida contemporánea

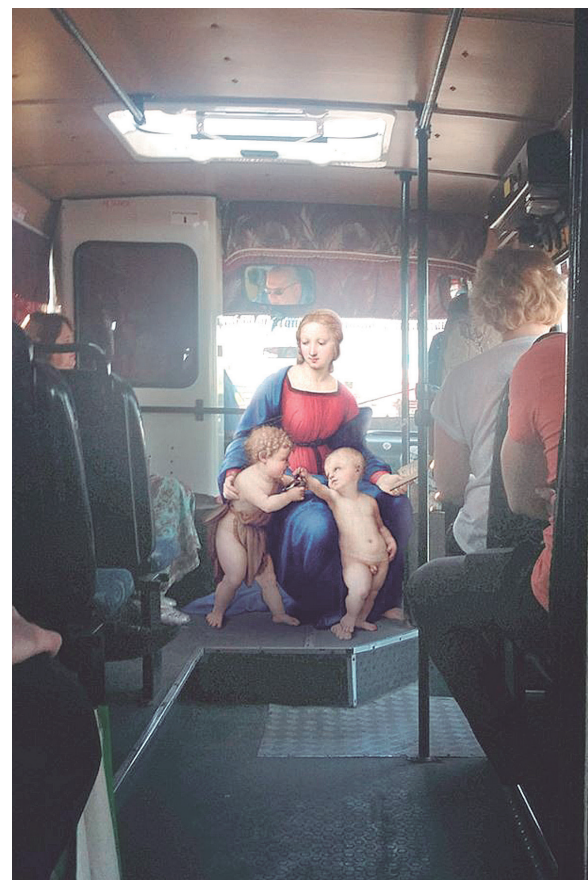
Ágora

Para quienes opinan que la historia del arte es intrascendente, tediosa, o que lo clásico nada tiene que ver con lo contemporáneo, tienen que conocer el trabajo digital de Alexey Kondakov, un artista ucraniano que, a través de la tecnología fusiona y mezcla obras renacentistas y barrocas con el mundo actual que vivimos.

Con el título de *Art History in Contemporary Life*, Alexey Kondakov toma pinturas clásicas y las introduce en nuestra vida diaria, cambiando completamente el contexto de las obras que generalmente se pueden apreciar en museos o libros de arte. La propuesta del artista va más allá de recrear la historia o aprenderla desde una perspectiva moderna, ofrece un

resignificado del mensaje a partir de la plástica y la fotografía, fusionadas mediante la técnica digital.

No se trata de un concepto ilusorio o fantástico, sino más cercano a la ficción, sobre todo en este mundo raro en que vivimos y nos arroja sorpresas que de pronto creemos nunca sucederán. Aunque pareciera increíble apreciar escenas como la *Canción de los ángeles* o *Ninfas y sátiros* de William-Adolphe Bouguereau (1825-1905) en el metro, por decir de la Ciudad de México, o *Los embajadores* de Hans Holbein (1497-1543) esperando sus bebidas en un bar de Colima, no estamos muy lejos de presenciarlas en la realidad, sino es que ya muchos han visto imágenes semejantes.





VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Y nadie pudo con él

Don Manuel Sánchez Silva

(14 de mayo de 1961)

En la esquina noroeste formada por las calles Hidalgo y De la Vega de esta ciudad, hay una casa de un piso construida de ladrillo sin enjarrar, que don Carlos Fernández levantó desde sus cimientos. El inmueble tiene una regocijada historia.

Fue don Carlos un rico hacendado, descendiente de viejas y honorables familias colimenses, de las que heredó una cuantiosa fortuna que nunca le interesó administrar. Blanco, sanguíneo, de ojos claros y facciones finas, menudo de cuerpo y de fácil palabra, constituía una personalidad en extremo simpática. Usaba bigote “de guía” y barba hasta el pecho, divertíase satirizando a costa del prójimo y era temible por lo certero de sus juicios.

A principios del siglo inició la construcción de la finca mencionada, que comprende un solar de vastas dimensiones. La casa consta de numerosas habitaciones, y de acuerdo con las viejas costumbres rancheras tiene corral y “trascorral”, utilizado el primero para huerta y gallinero, y el segundo como establo para las vacas de ordeña que proporcionaban la leche destinada a la familia.

A medio terminar, la obra fue ocupada por don Carlos y los suyos, circunstancia que día a día fue debilitando el propósito de concluirla del todo. ¿Para qué más preocupaciones y gastos, si como estaba permitía vivir en ella?

Y así pasaron los meses y los años, sin que don Carlos se resolviera a darle los últimos toques a la finca.

En 1914, siendo gobernador y comandante militar de Colima el progresista general Juan José Ríos, advirtió que aquel edificio sin enjarre desentonaba lastimosamente y producía una mala impresión que se traducían en desaseo para la ciudad, por lo que dio instrucciones para que la autoridad municipal ordenara al propietario el aplanado y pintura de los muros exteriores.

En cumplimiento de las órdenes gubernamentales, don Carlos fue citado a la Presidencia Municipal, donde se le conminó a que enjarrara su casa.

—No es posible -objetó el interesado.

—¿Y por qué no es posible?

—Porque no tengo dinero.

—Pero, ¿cómo no va a tener dinero usted, que es uno de los hacendados más ricos de Colima? Si de la pura madera de Juluapan se podrían extraer los durmientes para un ferrocarril de aquí a China.

—Es posible, pero no hay quién corte durmientes ni quién los compre. La Revolución me ha dejado en la calle...

—Pues el señor gobernador quiere que usted enjarre su casa...

—Pues dicho sea sin faltarle al respeto: que él me la enjarre. Yo no me opongo...

—Por este camino no llegaremos a ninguna parte. Tiene usted tres meses de plazo para enjarrar su casa. Tres meses...

—Es poco tiempo. No podría hacerlo en ese término. Ya dije que la Revolución me ha empobrecido. No tengo dinero.

—¿Qué tiempo desea?

—Un año. Y hasta se me hace poco.

—Es demasiado. Se le conceden seis meses en definitiva. Ni un día más.

Y ahí acabó la entrevista.

Llegó el vencimiento del plazo fijado y, por supuesto, la casa continuaba en las mismas condiciones, por lo que nuevamente don Carlos fue citado y se le hizo firmar un compromiso, conviniendo en enjarrar la finca dentro del término de otros seis meses, que también pasaron sin que se produjera ningún resultado, lo cual creó en el gobierno la convicción de que el viejo ranchero trataba de ganar tiempo y de salirse con la suya. En tal virtud, se echó mano de la acción económico-coactiva, se impusieron fuertes multas y se formuló un ajuste fiscal pavoroso por las cantidades que la casa adeudaba por concepto de impuestos, sanciones, recargos y cobranzas.



Don Carlos recibió la notificación con su acostumbrada flemma. Interpuso un amparo y siguió su vida habitual sin la menor intranquilidad. Los trastornos, cambios de gobierno y estado convulsivo de aquella época revolucionaria, determinaron que la ejecución no se llevara a cabo. El tiempo siguió transcurriendo y la casa en la misma situación.

Sin embargo, al reanudarse el orden constitucional, los primeros gobiernos legalmente constituidos sintieron como un deber la necesidad de que don Carlos enjarrara su ya famosa casa y recurrieron a todos los medios amistosos, administrativos, fiscales y judiciales para lograrlo, fallando siempre.

Sobre la finca pesaban multitud de hipotecas y embargos, por créditos que juntos representaban un valor superior al de la garantía; sacar a remate el inmueble provocaría un concurso de acreedores, con mucho ruido y poco provecho.

Desde luego que, siendo preferentes los adeudos fiscales, el poder público hubiera podido llevar el asunto hasta la almoneda y cobrarse íntegramente el importe de las cuentas insolutas, pero el poder público estaba personificado

en amigos particulares de don Carlos, que se vieron en el predicamento de lastimar el concepto de la amistad o dejar que el mundo siguiera dando vueltas. Y optaron por lo segundo.

Al asumir la presidencia municipal don Esteban M. León, hombre enérgico y organizador, prometió en rueda de amigos:

—Aun cuando no haga otra cosa que obligar a don Carlos a que enjarre su casa, lo haré.

Pero no pudo hacerlo.

Y llegó el día en que don Carlos entregara su alma al Creador, dejando su casa sin enjarrar. Casa que, hasta la fecha, parece ser una demostración humorística de que el gobierno poco puede, cuando se encuentra con el genio tozudo y zumbón de un don Carlos Fernández.

* Periodista, escritor y fundador de **Diario de Colima**.†



Cinegrafías

El valor de la crítica en un mundo sinvergüenza

José Felipe Coria

Entre el caos que representa, la oferta en línea pone al alcance de un clic películas entretenidas de cierta calidad. Tal vez habrían hecho buen papel en taquilla.

Es el caso de *Una obra maestra* (2019), segundo largometraje del elegante director italiano Giuseppe Capotondi, que está basado en la excepcional novela homónima del olvidado Charles Willeford (1919-1988), del mismo calibre que el también olvidado Walter Tevis, ahora de moda por la notable serie *Gambito de dama*.

Una obra maestra, la película, parece una tesis sobre cuál es el valor de la crítica en un mundo sinvergüenza.

Ahí, el arrogante pero inteligente James Figueras (Claes

Bang), quien es un crítico caído en desgracia, que sobrevive haciendo impresionantes cursos de apreciación artística a turistas, se liga a la desconcertante Berenice (Elizabeth Debicki).

Con ella su vida da un giro el fin de semana que pasa en la mansión del intimidante coleccionista Cassidy (Mick Jagger), quien alberga al recluso pintor Debney (Donald Sutherland).

Cassidy sugiere a Figueras entreviste a Debney. Es para el crítico la redención esperada. Pero hay un precio.

La extraordinaria habilidad de Capotondi propone que la película exploraría por qué un pintor genial se aísla del mundo. Pero, de golpe, el realizador lo vuelve un intenso policial visto desde la perspectiva de un alma depredadora. El cambio es asombroso y logrado en nomás una escena.

La extraordinaria habilidad de Capotondi propone que la película exploraría por qué un pintor genial se aísla del mundo. Pero, de golpe, el realizador lo vuelve un intenso policial visto desde la perspectiva de un alma depredadora. El cambio es asombroso y lo grado en nomás una escena.

Gracias a la sofisticada foto de David Ungaro, este largometraje logra establecer un infalible juego de actuaciones. Con ello se rinde homenaje al ambiente de la novela original que fue publicada en 1971.

Desafortunadamente el guionista Scott B. Smith prefirió darle al epílogo cierto efectismo,

medio jalado de los pelos, facilón, que casi da al traste con el resto de la cinta.

El resultado final, pues, queda cerca de la obra maestra.

Esta producción, de lo más digno que se puede encontrar en línea, permite disfrutar el tono intimista con que Capotondi devela los mecanismos del narcisismo criminal y su inevitable cinismo.

Tecnocultura

La cultura que sobrevivirá en el 2021 (y la que quizás no)

Herles Velasco

No hay, en el sector público cultural mexicano, prácticamente una dependencia que no haya sufrido recortes presupuestales; el 2021 no augura ser un mejor año y se esperan más recortes todavía. Aún la Subsecretaría de Desarrollo Cultural, que sí obtiene un incremento, destinará casi la totalidad de este a la remodelación de Chapultepec, cuya coordinación está en manos de Gabriel Orozco, quien ha mencionado que en muchos casos se trata de un proyecto en el que se percibirán la mayoría de sus beneficios hasta dentro de 20 años.

La pandemia no llegó a descubrirnos grandes cosas en cuanto a la difusión y promoción de la cultura y el arte, a través de la tecnología, en sus múltiples manifestaciones. El cine y la literatura han medio sobrevivido porque ya venían encarrilados en una tendencia digital que empezaron Netflix y Amazon desde hace unos años; de la música podría pensarse lo mismo, pero las plataformas de streaming, famosas por ser menos generosas, menos aún que las disqueras, no pueden compensar los conciertos cancelados, fuente principal de ingresos de los artistas, por lo que también este gremio está en alto riesgo para este año.

Regresemos a la literatura; sí, hay una tendencia mundial desde hace años respecto al libro electrónico, tendencia que ya creció exponencialmente; por otro lado, el recorte de más de 15 millones a Educual augura despidos, cierres y cancelación de publicaciones. Qué decir de la Fonoteca Nacional, que ha advertido de la difícil situación por la que pasan sus poquísimos integrantes, otra vez el fantasma del despido, o la no recontractación, se pasea por esos pasillos. Y otra vez, sí, mu-

chas de las producciones cinematográficas que no se han visto obligadas a parar, ven en las plataformas digitales un salvavidas, pero las salas de exhibición, parte también de esta industria, no la ven llegar.

Con el teatro pasa lo mismo, aunque con ambivalencias, nunca había salido tan barato un boleto para una obra de teatro cuando migraron algunos a la transmisión en vivo; aun así, los teatreros han sido un gremio que se han preocupado de manera particular por buscar que toda la comunidad que vive del teatro, más allá de la producción, les toque una rebanada del raquítico pastel de los ingresos.

Pagar por literatura, cine, música o teatro de lo físico a lo digital ha tenido de alguna manera un tránsito natural; las artes plásticas, por otro lado, son quizá el rubro más maltratado en esta terrible odisea; galerías y museos han procurado, desde antes de la pandemia, ofrecer en lo digital un escape alternativo y gratuito desde el inicio y ahora no saben cómo monetizar las obras para mantener sus edificios y a la gente que ahí trabaja.

La migración a lo digital en todas las áreas es inevitable, y en la mayoría de los casos esta es una manifestación de sobrevivencia no tanto de los creadores, pero sí de sus obras, y hay una responsabilidad social e institucional para que poco a poco si bien no se normalice a corto plazo la afluencia a los espacios físicos, sí encontremos la manera de normalizar los ingresos de creadores y la enorme comunidad que vive en torno al arte y la cultura nacionales. Urge ir pensando en los cómo.

herles@escueladeescritoresdemexico.com





La clave que te recuerda

Norma Navarrete

La cara del invierno es una máscara de juguete manchada de manos infantiles claras.
El mes de enero se disfraza de niño.
Desenvuelve la esperanza como un caramelo, la lleva a su boca.

Los pájaros saben más que nosotros cuando cerramos nuestras puertas.
Conversan con el aire desde su nido.

Comparten con las estrellas su voz.
Nocturno susurro de adolescente que duerme con la mano en su muñeco preferido.

Deshace la pandemia con su sueño puntual.
Interroga con sus ojos cerrados el fin de todo este largo encierro.

Su madre no tiene respuesta.
Solo escribe un poema que declare las luces y el calor que produce una mecedora a las 11.26 de la noche,
antes de cenar un bocado de algo.

Una señal roja en la distancia anuncia la tranquilidad de escuchar el mar en una canción grabada
Con sonido de caja musical.

El mar que escucha todos los momentos juega con los castillos que le debo en sus arenas sin poder más ser constructora en tanto tiempo.

Creo que los habitantes del mar a esta hora, solo saben que los extraño y que estos versos tienen pies

que caminan por la playa, vestidos de blanco, con los pies descalzos, para recibir la frescura de la noche.

Recogen el brillo de las luciérnagas en cada pliegue de un vestido con cauda inmensa y pelo rizado.

11.29 de la noche.
No puedo dormir.
De nuevo los focos diminutos del internet me avisan que solo estoy soñando.

Y el mar aún no me avisa de la respuesta del grillo, pero le he dejado un mensaje en su perfil, a ver si le puede leer.

Y me contesta cómo está, en esta pandemia.
Si todavía canta como yo a la nada y no ha perdido la imaginación para saludar a su amiga.

La amistad del grillo y la mía ha sido como la de Pablo y Virginia.
Solos crecimos, y en fin...
Las separaciones siguen como olas, que nos cautivan.
Salpican nuestros cabellos de brisa y leche de la luna; cuando el gato de tu poema ya no sonríe debido a tanta tristeza.

Sólo puedo decirte que no somos los mismos, pero el corazón sigue habla y habla en todas las claves que te recuerdan.

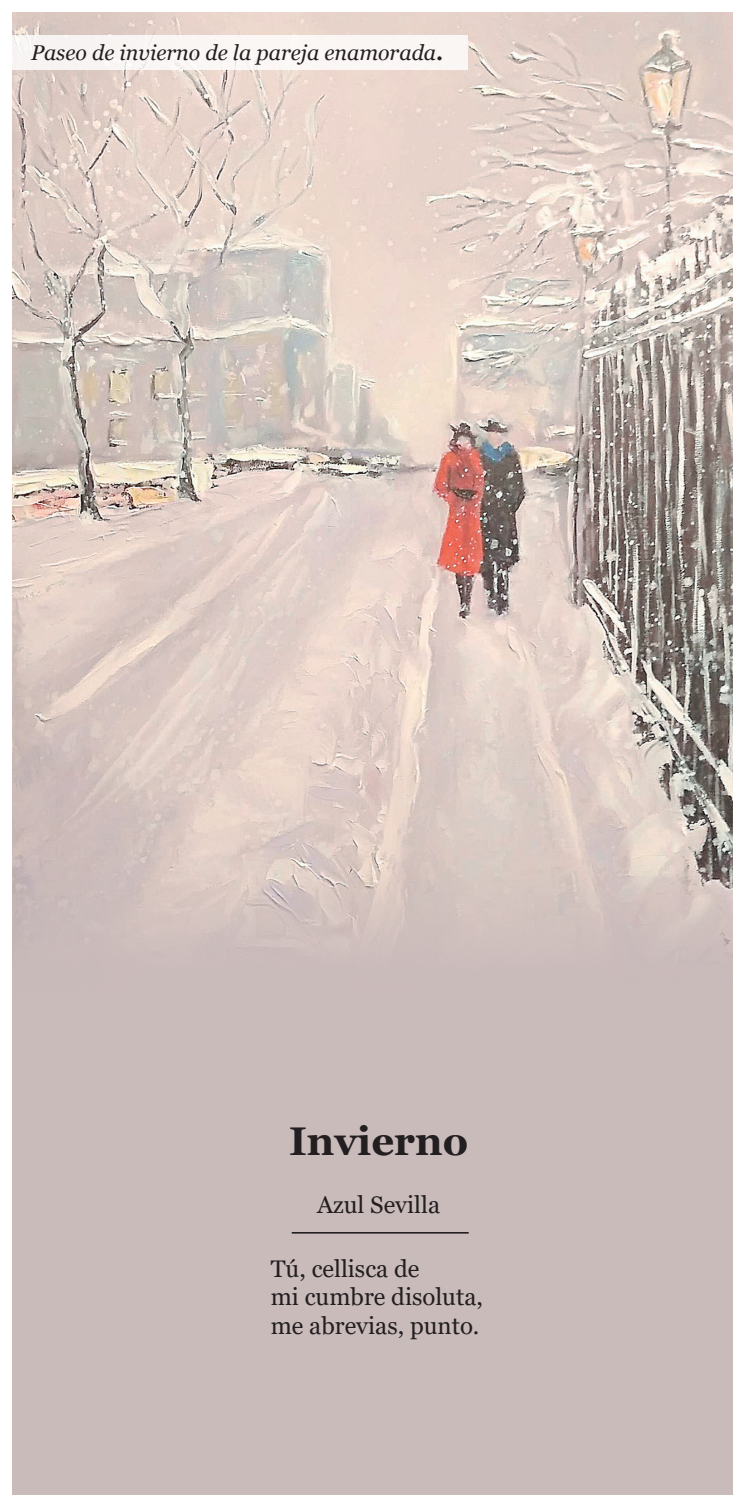
Embrionario

Magda Escareño

Calamidades:

I Castración creciente:

Entre más alboroto de cosas comunes en lugares comunes, más denso el ambiente en el futuro; donde las personas ya no preguntan sobre el pasado porque les llevan novedades de artificial estructura. Se pierden en enfrascado asombro con etiquetas. Y así quedan etiquetadas en estadísticas de etiquetada propaganda: Castración creciente.



Invierno

Azul Sevilla

Tú, cellisca de
mi cumbre disoluta,
me abrevias, punto.



El nuevo anarquismo

Leopoldo Barragán Maldonado

El anarquismo más allá de ser una de las tantas filosofías nacidas en el contexto de la segunda revolución industrial, y sobre todo, durante la época revolucionaria europea de 1830 y 1848, es un modo de vida. Si bien aquella palabra fue utilizada inicialmente por Pierre-Joseph Proudhon, no dejó de tener influencias de la dialéctica hegeliana, especialmente al revalorar el principio de *contradicción*, sujetándolo a la oposición entre la tesis y la antítesis; en este aspecto, conviene mencionar que el anarquismo no necesariamente implica el rechazo de toda autoridad, por ejemplo, respecto al régimen de libertad Proudhon encontró dos tensiones: democracia (todos por cada uno) y anarquía (cada uno para cada uno), esta contradicción quedaba armonizada en la divisibilidad del poder. Muy certera fue la apreciación que hizo respecto a la democracia considerándola como una combinación de elementos contrapuestos, determinados por intereses y caprichos dispuestos para la traición y la intriga.

El anarquismo como modo de vida rebasa el vandalismo que, sin ton ni son, observamos en las marchas y manifestaciones de la capital mexicana. Si protestas eres anarquista, si resistes también lo eres; no hablo de la resistencia pasiva o conformismo tácito, sino de la resistencia activa o inconformismo manifiesto, anarquismo y vandalismo son diferentes, el primero es cultura, el segundo subcultura. El anarquismo es un contrapeso que se erige frente a las ideologías de extrema derecha, específicamente contra los movimientos neonazis, como resulta notorio en la ciudad de Nuremberg, Alemania.

Las circunstancias de la vida actual nos empujan a los rincones anarquistas, bajo diferentes ideologías políticas y manifestaciones culturales disímolas, nos encontramos inmersos en un nuevo anarquismo que, a la sombra de posturas aparentemente opuestas y hostiles, extiende sus raíces penetrando los cimientos axiológicos que sostienen las tradicionales estructuras sociales. Sería una insensatez pretender ocultar realidades que agobian la existencia personal y comunitaria en sus variadas expresiones tales como la degradación moral individual, el deterioro de las relaciones interpersonales, la degeneración de las costumbres, el menoscabo de la conciencia social, la decadencia cotidiana e irreversible de los valores éticos, la pérdida de la identidad cultural, el detrimento del medio ambiente, el maltrato animal, la indiferencia ante el sufrimiento humano y el resquebrajamiento de la solidaridad.

Ante la presente crisis no queda más que resistir o perecer, todo acto de resistencia y rebeldía contra los excesos y extravíos de una sociedad enfermiza es un hecho anarquista. Por consiguiente, el neoanarquismo como lo concibo, se aproxima a lo que Fayerabend, en su *Tratado contra el método*, afirma: “tal vez no constituye la filosofía política más atractiva, es sin embargo una medicina excelente para la *epistemología* y la *filosofía de la ciencia*” al sugerir que, en el desarrollo de la investigación científica, no existe una norma que la cual no haya sido violentada en determinadas circunstancias, y por lo tanto, sus-

ceptible de ser ignorada y suplida por otra contraria. Pero en el mundo, la vida está sobre cualquier epistemología y filosofía de ciencia; en virtud de ello, si enlazo aquellos principios con la hipótesis central de la teoría anarquista de Fayerabend que dice: “mi tesis es que el anarquismo estimula el progreso cualquiera que sea el sentido en que se tome este término”, entonces lo puedo trasladar al campo societario como *medicina existencial* y punta de la lanza de toda *filosofía de la vida* que arremete contra la iniquidad moral, ¿no estaré

incurriendo en una contradicción al suponer que el anarquismo busca un orden moral? No hay contradicción, sólo posicionamiento de su contrario, porque ante la decrepitud moral que nos ahoga, vale asumir el anarquismo como método terapéutico de rejuvenecimiento moral. Tiene razón Max Stirner cuando advierte en su obra *El único y la propiedad*: “más vale un niño indisciplinado que un niño ‘modelo’, más vale el hombre que se niega a todo y a todos, que el que consiente siempre; el recalcitrante, el rebelde pueden aún modelarse a su grado, en tanto que el bien educado, el benévolo, echados en el molde general de la ‘especie’ son por ella determinados”.

El anarquista busca liberarse de toda imposición, rompe los cercos que lo aprisionan en las mazmorras de la depravación contemporánea, por algo Kropotkin mencionaba que “la sociedad, en sí, es responsable de las acciones antisociales cometidas en medio de ella, y que ningún castigo, ninguna cárcel y ningún verdugo puede disminuir el número de tales hechos, solamente puede hacerlo una reorganización de la sociedad misma”.

Invertir los conceptos, o trasmutar los valores como decía Nietzsche, son también actos anarquistas. El anarquista en sentido estricto no es aquella persona que, al amparo de la multitud y la tolerancia policial, causa destrozos, no, por supuesto que no, el anarquista es un combatiente camuflado que lucha para enderezar la decaída conciencia moral, en palabras de Fayerabend: “se parece a un espía que entra en el juego de la Razón para socavar la autoridad de la Razón”.

Este quebranto de la autoridad me recuerda los acalorados enfrentamientos del siglo III y IV, entre cristianos y paganos, destruyendo templos

y esculturas para minar la autoridad religiosa. Los infiltrados que menciono, y los espías que refiere Fayerabend, están relacionados textualmente con el pasaje que describe Stirner: “como los cristianos derribaron en otro tiempo las imágenes de Apolo y de Minerva y de la moral pagana...erigieron en su lugar al Cristo, y más tarde a María, así como una moral cristiana, pero no lo hicieron sino con la mira de la salvación de su alma, es decir, una vez más, por egoísmo e individualismo”; es cierto, son descripciones generales, pero la generalidad es la suma de particularidades, si buscamos las especificidades de la barbarie moral tenemos que recurrir al amplio repertorio que muestran los noticieros televisivos y la redes sociales, ante las imágenes y los hechos, la alternativa puede ser volvernos indisciplinados, porque probablemente nos repulse el desequilibrio social y la inmundicia moral que nos estranguela.



El anarquista en sentido estricto no es aquella persona que, al amparo de la multitud y la tolerancia policial, causa destrozos, no, por supuesto que no, el anarquista es un combatiente camuflado que lucha para enderezar la decaída conciencia moral.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Los días felices

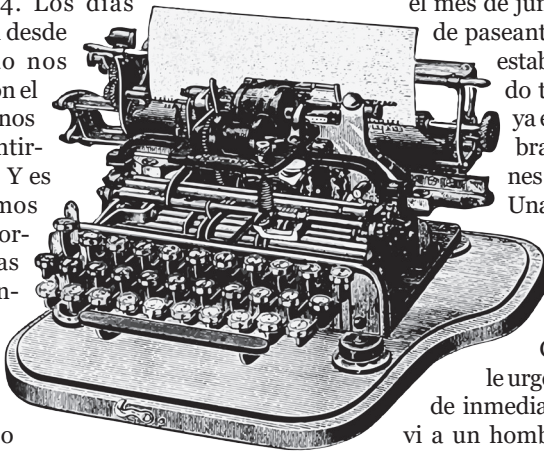
Carlos Caco Ceballos Silva

VERANO 1994. Los días contentos son desde luego cuando nos levantamos con el “pie derecho” y todo se nos va acomodando para sentirnos felices y satisfechos. Y es así cuando todo lo vemos “color de rosa”, sin importarnos la edad, nuestras dolencias y nuestros pendientes. Los días contentos son casi siempre los de nuestra infancia; van transcurriendo los días, meses y años, y cuando llegan los días de las responsabilidades los días felices se van escaseando, pero aún si se aparecen y nos salen al paso, pero cuando ya llegamos a la edad de las dolencias y quejumbres, los días felices se nos aparecen como “las venidas de obispo”, sólo de vez en cuando.

Desde luego todos los días contentos se refieren por lo general a los de clase media, pues la clase baja, desgraciadamente pocos, muy pocos son sus días alegres y de optimismo, y mientras que los de la “alta”, por lo general todos sus días son de satisfacción y contentamiento, a no ser que su hada madrina les mande el gran pesar de una pérdida de algún familiar o la grave enfermedad de algún allegado.

Yo nací entre pañales de seda, y mi niñez la recuerdo plácidamente, muchos sueños realizados, ya sea en juguetes, paseos, vacaciones y bonitas noches buenas donde el Niño Dios siempre me traía lo que pedía, con mucha fe, en mis cartitas. Pasaron los años y mi juventud, podríamos decir que fue de oro. Ya en la edad de la responsabilidad, es muy posible que mi hada madrina se haya enfadado de tantas tonterías, y de tanto orgullo y prepotencia que mostraba por tener dinero, tener suerte con las damitas, ser de los primeros en los bailes, presumir que era muy listo y trabajador, que me bajó un escalón, dejándome plantado en la clase media con todo lo que traía aparejado la lucha por la vida, con los retoños que me llegaron de París. Así es que por eso de las “subidas y bajadas”, en la escala social me dio la gran oportunidad de conocer y valorizar los ratos felices y calidad de estos cuando se tiene de sobra y cuando se encuentra “limitado”, pero eso sí, los “días felices” son de sincero contentamiento, de gran felicidad y de mucho optimismo.

Y así es como recuerdo un pequeño alboroto que hubo en el Hotel Ceballos de Cuyutlán, allá por los últimos años de la década de los treinta, ya en



el mes de junio, cuando la temporada de paseantes había terminado, y yo estaba clausurando y guardando todas las cosas de hotel, y ya empezaba el reinado de los bravísimos zancudos y jejenes de la temporada de aguas. Una noche, cuando empezaba a acordarme de mi catre, mi segundo de abordó, El Chivi, me llamó a la puerta diciéndome: Don Carlos, hay un hombre que le urge verlo. Sin preguntar más, de inmediato me levanté, y al abrir, vi a un hombre con su indumentaria campirana, todo abatido y casi a punto de llorar. ¿Qué le pasa? Mi mujer está muy mala, don Chuy dice que si no la ve un doctor se va a morir, y como aquí no hay doctores, sólo en Manzanillo, y no hay tren a estas horas, vengo a pedirle el gran favor de que nos lleve allá. Sin pensarlo dos veces, pues tenía siempre listo el “forcito” con el “abuelo Alcaraz” de chofer, y con el entusiasmo de mi edad le dije que sí. Me volví adentro, me vestí, y nos encaminamos al jacal de aquel afligido. Ahí subieron a la señora, acompañada de su marido, a los vecinos les encargaron sus cosas, y raudos nos dirigimos al puerto por los palmares de Cualata.

Tan luego llegamos, nos encaminamos al hospital, bajaron a la enferma y la instalaron en un catre. Nos despedimos y nos fuimos derechos a la acogedora mansión de Esperanza Chacón a “pasar el rato”. Al día siguiente nos desayunamos, y antes de regresarnos pasamos al hospital, encontrándonos con la grata sorpresa de ver aquel hombre, tan abatido unas horas antes, con la cara bien alegre, pues su mujer que “traía el niño atravesado”, había parido dos niñas. Y así de sencillo fue como aquel hombre tuvo su gran momento de felicidad y optimismo. Pocos días después, ya de regreso a Cuyutlán, me platicaba: Fíjese, señor, mi compadre me decía cuando empezó a ponerse grave mi mujer, que todo se debía a que me había puesto el huarache en la pata zurda. Y yo le contesté, pues a lo mejor sí, pero que a Dios gracias todo se enderezó y ahora, verdad de Dios que me siento como rey de las salitreras.

Y así fue como volví a comprender una vez más que los ratos y los días felices todos los hemos tenido, pero la gente sencilla los goza y los disfruta más, de seguro porque el camino de sus vidas es más duro, calamitoso y pesado que a otros que llegaron en el mismo tren, pero que tuvieron la gran suerte de bajarse con el “pie derecho”.

* Empresario, historiador y narrador. †

Mi problema con las clases de literatura

Parte 3

Brandon Enciso Alcaraz

¿Usted pondría a un pescador a labrar la tierra? Es cierto, podría hacerlo, y con el tiempo y asesoría adecuada, podría llegar a ser un buen campesino, sin embargo, de entrada, y si careciera de quién lo guiase, ese pescador labraría mal toda su vida. Así pasa con muchos docentes que imparten una materia como lo es la de literatura.

Me he encontrado durante mi experiencia laboral a gente de todo tipo impartiendo esta materia, y me llama la atención cómo, para las otras, sí se suele tener a gente que se preparó en específico para lo que está impartiendo, cuando en el caso de la literatura se tiene a comunicólogos cuando mucho, y desde ahí inicia el problema.

Un comunicólogo es sin duda alguien con una gran preparación, pero su carrera y la de las letras, aunque cercanas, son paralelas, y cuando se enfrentan al reto de impartir ante aula esta materia, su estrategia usual suele ir en tres direcciones; o bien dan un compendio de clásicos aleatorios a leer, llegando a imponer lecturas como *El Quijote* a alumnos de bachillerato en apenas un bimestre; intentan poner de su cosecha, con un compendio extraño de *best sellers* y novelas de superación personal, o simplemente se apegan a lo que diga el programa, sin importar su público.

Como podemos imaginar, las tres estrategias dan malos resultados, tan malos como si un literato se pusiera a dar clases de ciencias de la comunicación, y los alumnos terminan entregando parafraseos de resúmenes encontrados en internet, leyendo productos más enfocados en vender y contar mentiras optimistas ajenas a la realidad, o enredados en intentar entender un texto barroco cuando su lectura se

encuentra por debajo de las 100 palabras por minuto.

La solución “lógica” sería poner a literatos a dar literatura, mas no hay tantos literatos, y por desgracia, muchos no llevan en su plan curricular al menos una materia enfocada en la enseñanza, por lo cual terminan siendo muy diestros en la materia en tanto dan palos de ciego en su implementación.

De lo que se trata aquí es de trabajar en equipo y dar una correcta formación a los estudiantes, por ello, considero que se puede trabajar de dos formas; la primera, sería mejorando el enfoque de la docencia en las carreras de letras, con una materia enfocada en esto durante al menos la mitad de los años de estudio, para que los egresados sepan cómo configurar una clase en el terreno y tengan las herramientas para crear planeaciones y evaluaciones adecuadas para el alumnado.

La segunda forma sería trabajar directo en los planes de estudio, reconfigurarlos para hacerlos más accesibles y explicar a los jóvenes la importancia de una correcta lectura, evitar que esta materia carezca de sentido en sus mentes y hacerla atractiva, no sólo una “hora libre” con el profe “buena onda” que al concluir les pone 9 y 10 a todos.

Al final, no se trata sólo de tener un “país de lectores”, se trata de que los alumnos sean capaces de comprender y procesar la información, y de que entendamos que da igual a que nos dediquemos, vamos a terminar leyendo y escuchando, la comprensión es vital para la vida, y por ello, quienes tenemos el privilegio de contar con los conocimientos y herramientas adecuados, debemos trabajar y formarnos en equipo, para entregar así una educación de calidad.